

Ecuador: entre cóndores y alacranes

9

Yo no soy la voz de quienes hablan desde el páramo en donde no he
sufrido
a través de decires milenarios que mi torpe lengua
se niega a balbucear siquiera...

Raúl Vallejo, en *Crónica del mestizo*

33

En estos días aciagos para el país, a veces, la poesía, nos puede devolver el aliento. Pero también nos interpela. Así es —escrito para esta tierra de volcanes telúricos— un pequeño texto de Henri Michaux de 1928: “El que no ame las nubes que no vaya a Ecuador”.

Y, claro, está el potente poema *Catedral Salvaje* de César Dávila Andrade: “¡Todo ardía bajo los despedazados cálidos del sol! / ¡Las infinitas grietas corrían como trenzas oscuras / sobre

los bloques poderosos en que respira cada siglo el Cielo!”

Fue el mismo bardo quien en *Boletín* y *elegía* de las mitas nos res-
tregó en la cara la situación de los
excluidos: “Yo soy Juan Atam-

pam, Blas Llagarcos, Bernabé Ladña, / Nací y agonice en Chorlaví, Chamanal y Tanlagua, / Sí, mucho agonice / Sudor de sangre tuve en mis venas / Añadí así más dolor y blancura a la cruz que trajeron mis verdugos”.



“Ecuatorial, ecuatorial, ¿recuerdas / tu sudor, el pie perdido / en la noche resbalosa de la víbora?”, escribió Jorge Enrique Adoum en Los cuadernos de la Tierra.

Pero los poetas de otras latitudes, como el mexicano José Emilio Pacheco, nos legaron Alta traición: “No amo mi patria. / Su fulgor abstracto es inasible. / Pero (aunque suene mal) / daría la vida/ por diez lugares suyos, / ciertas gentes, / puertos, bosques de pinos, fortalezas, / una ciudad deshecha, gris, monstruosa, / varias figuras de su historia / montañas / (y tres o cuatro ríos)”.

En una entrevista el escritor nos da pistas: “Hoy sabemos que todo texto nace de otro texto. Los orígenes de ‘Alta traición’ están por partes iguales en mi experiencia íntima e insustituible (los ‘puertos’ son Veracruz, Coatzacoalcos, Campeche; los ‘bosques de pinos’ los que rodeaban en mi infancia a la ciudad de México y ahora han desaparecido o se hallan en agonía”.

Porque más allá de las circunstancias actuales está una geografía que además de dolernos nos da también esperanza. “Ecuador tierra de cóndores y alacranes / si al-

guna vez fui feliz / lo saben tus caminos / perdóname país de bruma / pero esta noche te lloro de alegría”, escribí en un tiempo que ya he olvidado.

Crónica del país de Nomeolvides

Las guayaberas almidonadas y los señoritos de corbatín nos develan a un país que no supera el Salva al Ecuador Corazón de Jesús, del siglo XIX, aupados por políticos ineptos que se miran al espejo y sus hordas de botas, que rezan el padrenuestro antes de disparar.

Ponchos rojos y huarmis con vestidos de colores, estudiantes, jóvenes con pañoletas verdes, pueblo profundo son “La Resistencia”, de aquí al 2250 cuando llame John Connor y escuche con voz entrecortada: Allí puncha, mashicuna.

El resto mira los acontecimientos, mientras comparte el racismo por WhatsApp, esperando el noticiero que le miente, comiendo canguil. Soñando ir a Miami. Y allá, más allá de las tres carabelas, los lobistas del FMI se estarán refregando las manos, por los business de los sectores estratégicos, a precio de

gallina robada. Ojalá sea solo una premonición y no una profecía.

El cacero lazo y MasterChef

Después de rezar un padrenuestro, los policías hacen sonar sus escudos como los antiguos hoplitas griegos, que llevaban penachos en lugar de cascos, para amedrentar a los manifestantes que, en algunos casos, llevan escudos de cartón. Hay tensión en el aire. Por la noche –tras el decreto de toque de queda– las familias hacen sonar sus cacero lazos a ritmo acompasado en las terrazas de la ciudad de las campanas, en Quito, y más allá.

Wikipedia dice que el “cacero lazo” “se caracteriza por ser una manifestación en rechazo de algo, generalmente las políticas de un gobierno o determinadas decisiones gubernamentales; y raramente en pro de algo”. Para los medios tradicionales es a favor de la paz, pero olvidan mencionar que también es la resistencia. Las cacero lazos suenan más fuerte que el golpe en los escudos... Alguien, en un meme, coloca una inscripción: “El cacero lazo es en apoyo a MasterChef”.

Urkumantami kani



Quitando las telarañas de las narrativas de los medios, incluidas las redes sociales, está un hecho: la cadena nacional donde negociaron los pueblos originarios y el Gobierno, con el protagonismo de Naciones Unidas, sobre el decreto 883, que es solo un detonante.

Antes la institucionalidad presentó en un enlace a la milicia, el domingo los representantes amazónicos hicieron lo propio, utilizando sus penachos y pinturas en la cara, hombres y mujeres, en una muestra también de una posición hostil (su líder es achuar). El resto, estaba con sus ponchos rojos y una memoria de levantamientos de siglos y sus muertos.

Fue más que una disputa entre campo-ciudad, mundos indígena-blanco-mestizo, centro-periferia, civilización-barbarie (qué mismo

es el desarrollo, cabe preguntarse), clases sociales, élites representadas, pueblo llano o poscolonialidad...

Se trató del enfrentamiento de dos cosmovisiones: comunitaria andina frente a la individual Occidental, que al no ser resueltas han producido a lo largo de nuestra historia racismo, exclusión, pobreza, regionalismo, a tal punto que Ecuador, y hay que decirlo fuerte y claro, vive una suerte de apartheid disimulado a lo largo de siglos, que se hizo más evidente en el cierre del puente, curiosamente llamado de Unidad Nacional, en Guayaquil. Basta leer los libros del sudafricano y Premio Nobel de Literatura John Maxwell Coetzee, como Esperando a los bárbaros, para advertir esa realidad, aquí en el país de los cuatro mundos, y comprobar que los indígenas (nativos sig-

nifica y proviene del latín) –como eufemísticamente los llamamos para no decirles indios- no solo deberían quedarse en el páramo, donde irónicamente protegen el agua que toman los mishos.

A diferencia de Paraguay donde todos saben el guaraní, acá ni siquiera hablamos quichua. Desconocemos sus principios: Ama killa, Ama llulla, Ama shuwa (No ser ocioso, no ser mentiroso, no ser ladrón). Peor Urkumantami kani (Soy del páramo).

Juan Montalvo, en el siglo XIX, dijo que un día contaría la historia del “indio” y haría llorar al mundo. Nunca lo hizo. Murió en París escribiendo Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Shuk shunkulla, que seamos como un solo corazón, nos dicen. Nunca los hemos escuchado.

* Juan Carlos Morales Mejía. Periodista por la FACSO, escritor y fotógrafo. Articulista del diario El Telégrafo.